

LEER, ESCRIBIR Y DECIR: COMUNICADORES Y MENSAJES QUE SE COMPRENDAN

ROSSANA VIÑAS Y SANDRA OLIVER

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL - UNLP

CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN LECTURA Y ESCRITURA (CILE)

rvinas@perio.unlp.edu.ar

Los campos de la lectura y la escritura actuales constituyen espacios de tensión y cambio permanente. Pero hablar de leer y escribir es entrar en un escenario de debates, críticas y análisis constante de intelectuales y protagonistas de las diferentes disciplinas donde son figuras. Decir, exponer, dialogar, hablar, expresarse de manera oral también aparecen en este debate.

Escritores, lingüistas, semiólogos y profesores opinan desde sus diferentes perspectivas, casi sin reconocer que la palabra es una herramienta esencial en la formación y la labor del comunicador. Con ella, recorre la realidad social para luego, transmitir con precisión, claridad y sensibilidad aquello que ha visto y vivido. Por lo tanto, hoy, existe una necesidad académica y política de ampliar la mirada y que se reconozca, en nuestra profesión, la propia.

En el quehacer diario del comunicador, el uso de la palabra de manera clara, precisa y estética, constituye un instrumento de trabajo de central importancia, y el análisis crítico va directamente de su mano. En este aspecto, la escritura y la lectura conforman el proceso de construcción de sentidos y de interpelación para el

conocimiento y la transformación de la realidad. Con ellas, el comunicador desarrolla sus tareas, siendo observador y testigo directo de los hechos que lo rodean, analizándolos para luego volcarlos al papel de una manera organizada y atractiva; al mismo tiempo que necesita expresarlos oralmente de forma entendible.

“Los diarios del siglo XXI prevalecerán... si encuentran ese difícil equilibrio entre ofrecer a sus lectores informaciones que respondan a las seis preguntas básicas e incluyan además todos los antecedentes y el contexto que esas informaciones necesitan para ser entendidas sin problemas, pero también y sobre todo un puñado de historias, contadas por reporteros que también sean eficaces narradores” (Martínez, 1997)... un claro ejemplo de buscar esa propia mirada desde nuestra disciplina: desde la comunicación. Debemos leer el mundo y escribirlo y decirlo para ser comprendido con claridad, precisión, arte y sensibilidad. El público debe entender lo que le decimos y lo que le escribimos.

La comunicación es la acción por medio de la cual las personas logran entenderse. Por ende, de manera escrita o de manera oral, entran en juego determinadas reglas necesarias para el desarrollo, la transmisión y la comprensión de los mensajes de forma adecuada. En consecuencia, en la formación de los comunicadores es fundamental pensar en el uso correcto y exacto de la palabra; en el uso “sensible” de esa palabra que es su herramienta para que los hechos, noticias, sensaciones que deba transmitir sean claras, precisas y entendibles.

Como comunicadores, debemos saber que “el decir” y “el escribir” correctos, comprensibles, coherentes son condiciones necesarias e inherentes a nuestra profesión. Justamente somos, los que en teoría, “hablamos y escribimos bien”. Sabemos de ortografía, de sintaxis, de conectores, de gramática, de frases significativas para elaborar un texto con contenido cohesionado y coherente. Construimos metáforas, narramos, relatamos, describimos, adjetivamos, argumentamos, explicamos.

El manejo y el cuidado del lenguaje con el que realizamos nuestra tarea diaria deben estar entre las prioridades, a la hora de relatar oralmente un suceso o de redactar notas periodísticas. Mucho más, en esta época que nos toca vivir, en la que la que el desarrollo tecnológico es la *vedette*; una época inundada de mensajes de texto, de mensajes vía *Twitter* o *Facebook*, de mails, entre otros.

Pero ¿qué pasa con esto en relación a los medios de comunicación hoy? ¿Qué uso hacen de la palabra para informar?

Si realizamos un rápido paneo por los medios de comunicación gráficos y audiovisuales, es fácil visualizar cómo se ha tradicionalizado una forma de expresión, muchas veces coloquial, con el fin de acercarse o de “ganar” lectores o audiencia. Muchos comunicadores, locutores y periodistas dejan de lado los modos correctos de la palabra y de la lengua, para recurrir a formas más coloquiales.

Entonces, ¿cómo formar a los futuros profesionales en comunicación y con qué recursos?, ¿cómo pensamos el proceso formativo hacia metas de excelencia en la expresión y el discurso?

ENSEÑAR A COMPRENDER. ENSEÑAR A PENSAR

¿Qué habilidades intentamos inculcar en nuestros estudiantes en este campo? ¿De qué modo se discute/planifica/debate en el ámbito docente el trabajo progresivo, escalonado para introducir a los estudiantes en este campo?

Para comenzar, resulta necesario plantear objetivos claros, debatidos y consensuados. A corto y largo plazo. Evaluar individualmente e identificar fortalezas y debilidades de nuestros estudiantes en las áreas de la lecto-comprensión y la escritura. Generar debates a través de lecturas reflexivas y análisis contextuales en profundidad de textos, en nuestras aulas, incentivando la participación de los alumnos con situaciones de oratoria adecuadas. Con el fin luego, de producir textos individuales en la instancia áulica. Reforzar la idea acerca de la revisión ortográfica y gramatical de las producciones. Pensar ese texto como un original potencialmente publicable. Corregirse. Editarse. Pensar en el lector.

Y por sobre todas las cosas, concientizar a los futuros profesionales sobre el respeto al público, sobre la responsabilidad como generadores de mensajes que influyen e impactan en la opinión pública y en el público en general; y que incluso, generan conocimiento o modifican conductas.

Y ahí reside parte prioritaria de nuestra tarea como docentes a la hora de formar a quienes el día de mañana estarán frente a una cámara, un micrófono o dispondrán

de un espacio en la gráfica. Hacerlos tomar conciencia del poder de la palabra y del compromiso que ello implica.

Enseñemos a escribir, a leer, a pensar, a ser críticos, a usar correctamente y con sensibilidad nuestra herramienta de trabajo: la palabra.

“Hace unos 50 años no estaban de moda las escuelas de periodismo. Se aprendía en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en los cafetines de imprenta, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto”... la misma práctica del oficio del periodismo, “imponía la necesidad de formarse en una base cultural, y el mismo ambiente de trabajo se encargaba de fomentarla. La lectura era una adicción laboral” (García Márquez, 1996: 1-2).

Hoy, las escuelas de periodismo existen, se diversifican; las universidades han incorporado las carreras de comunicación a su oferta académica y paralelamente, sus ofertas académicas de grado y posgrado crecen. Y la responsabilidad se apoya/sostiene o destruye a partir de nosotros, en nuestro rol de docentes. En ver, experimentar y analizar el escenario actual para luego, formar comunicadores acordes a los desafíos del presente. Brindar herramientas que permitan desarrollar y potenciar sus competencias en lectura y escritura.

LA ESCRITURA Y LA ESTÉTICA

En la actualidad, es cada vez más notoria y creciente la presencia de trabajos con un alto contenido en su narración en los medios de comunicación gráficos y la preocupación estética respecto al desarrollo de las historias.

“El periodismo nació para contar historias, y parte de ese impulso inicial que era su razón de ser y su fundamento se ha perdido ahora. Dar una noticia y contar una historia no son sentencias tan ajenas como podría parecer a primera vista. Por lo contrario: en la mayoría de los casos, son dos movimientos de una misma sinfonía. Los primeros grandes narradores fueron, también, grandes periodistas” (Martínez, 1997).

Quizá resulte evidente. Quizá no. Pero no estamos hablando simplemente sobre qué estrategias implementamos como docentes para que los alumnos de nivel superior adquieran nociones en materia discursiva y logren desenvolverse en la comprensión, análisis y producción de textos de modo de aprender y atravesar la universidad con herramientas.

El concepto de alfabetización académica implica lo expresado anteriormente, e incluye también la posibilidad de tener las herramientas que permitan acceso y reconocimiento en el campo científico y profesional de la disciplina.

Las dos constituyen etapas necesarias y progresivas en la formación de los jóvenes en la educación superior. Pero este trabajo intenta plantear la necesidad de abordar una perspectiva aún más específica, que constituye un paso más en materia de lectura y escritura. Y que vincula a lo escritural con la responsabilidad social en la formación de comunicadores.

El periodismo no es un circo para exhibirse, sino un instrumento para pensar, para sentir, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta.

“La gran respuesta del periodismo escrito contemporáneo al desafío de los medios audiovisuales actuales es descubrir, donde antes había sólo un hecho, al ser humano que está detrás de ese hecho, a la persona de carne y hueso afectada por los vientos de la realidad” (Martínez, 1997).

Hoy es necesario comunicadores críticos, reflexivos con habilidades y competencias en comunicación (oral y escrita), pero también y fundamentalmente con sensibilidad y responsabilidad social.

BIBLIOGRAFÍA

CARLINO, PAULA: *Escribir, leer y aprender en la Universidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

_____ *Escribir, leer y aprender en la Universidad* (2005), *Lectura y Escritura. Un problema (asunto) de todos/as*, Neuquén, Editorial de la Universidad Nacional del Comahue, 2009.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL: “El mejor oficio del mundo”

[En línea] <http://www.fnpi.org/recursos/textos/>. [Consulta: 15 de mayo de 2012].

MARTÍNEZ, TOMÁS ELOY: “Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI”, conferencia pronunciada ante la Asamblea de la SIP, Guadalajara, 26 de octubre de 1997.